

Richard Holloway

# Una pequeña historia de la religión



---

RICHARD HOLLOWAY

Una pequeña historia  
de la religión

Traducción de  
Ana Bustelo Tortella

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *A Little History of Religion*  
Traducción del inglés: Ana Bustelo Tortella

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2017

© Richard Holloway, 2016  
Edición original de Yale University Press  
© de la traducción: Ana Bustelo Tortella, 2017  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica  
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda  
Depósito legal: B. 17599-2017  
ISBN: 978-84-17088-33-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

*A Nick y Alice, con amor*

---

## CAPÍTULO 1



### ¿Hay alguien ahí?

¿Qué es la religión? ¿De dónde procede? La religión surge de la mente del animal humano, de modo que viene de nosotros. No parece que el resto de los animales de nuestro planeta necesiten una religión, y, por lo que sabemos, no han creado ninguna. Esto se debe a que están más en armonía con sus vidas que nosotros. Actúan por instinto. Se dejan llevar por los vaivenes de la existencia sin pensar en ello todo el tiempo. El animal humano ha perdido esa capacidad. Nuestros cerebros se han desarrollado de una manera que nos hace conscientes de nuestra existencia. Nos interesamos por nosotros mismos. No podemos dejar de preguntarnos por todo. No podemos dejar de pensar.

La cosa más grande en la que pensamos es el propio universo y de dónde surgió. ¿Lo creó alguien? La palabra que utilizamos para hablar de este posible alguien o algo es «dios», *theos* en griego. Alguien que cree que existe un dios se llama «teísta». Los que creen que no hay nadie y estamos solos en el universo se llaman «ateos». El estudio de dios y de lo que él quiere de nosotros se llama «teología». La otra gran pregunta que no podemos evitar hacernos es qué pasa después de la muerte. Cuando morimos, ¿se acabó? ¿O hay algo más? Si hay algo más, ¿cómo es?

Lo que llamamos religión fue nuestro primer intento de contestar a estas preguntas. La respuesta a la primera fue sencilla. El universo lo creó una fuerza superior que algunos llaman dios, y se sigue interesan-

do por su creación, sigue tomando parte. Todas las religiones ofrecen versiones diferentes de lo que es el poder de dios y de lo que dios quiere de nosotros, pero todas creen en su existencia de una forma u otra. Creen que no estamos solos en el universo. Más allá de nosotros hay otras realidades, otras dimensiones, que llamamos «sobrenaturales» porque están fuera del mundo natural, del mundo inmediatamente accesible para nuestros sentidos.

Si la creencia más importante de la religión es la existencia de esa realidad que llamamos dios y que está más allá de este mundo, ¿qué fue lo que la originó y cuándo? Fue hace siglos. De hecho, no parece que haya habido ninguna época en la que los seres humanos no creyeran en la existencia de un mundo sobrenatural más allá de este. Es posible que todo empezara cuando el hombre se preguntó qué le pasaría después de morir. Todos los animales mueren, pero a diferencia de los demás, los humanos no dejan que sus congéneres se descompongan en el sitio en el que han muerto. Hasta donde hemos podido estudiar, los hombres siempre han hecho funerales para sus muertos. Y la forma en que los llevan a cabo nos da información sobre sus creencias más tempranas.

Esto no quiere decir que otros animales no se aflijan por la muerte de sus compañeros. Hay muchas pruebas de que también se ponen tristes. En Edimburgo hay una estatua famosa de un pequeño perro llamado Bobby Greyfriars que da testimonio de la pena que puede sentir un animal cuando pierde a alguien. Bobby pasó los últimos catorce años de su vida sobre la tumba de su amo muerto, John Gray, y finalmente murió en 1872. No hay duda de que Bobby echaba de menos a su amigo, pero fue la familia humana de John Gray quien le hizo un funeral y lo enterró en el Cementerio Greyfriars para que encontrara el descanso. Es el enterramiento, precisamente, uno de los actos más característicos del ser humano. Entonces, ¿qué es lo que impulsó a los hombres a enterrar a sus muertos?

Lo primero que percibimos cuando alguien muere es que algo que le pasaba antes, ya no le pasa.

No respira. Descubrir eso fue un pequeño paso para asociar el hecho de respirar a la idea de que hay algo que mora en nuestro interior, separado del cuerpo físico, que le da la vida. En griego esto se llama *psyche* y en latín *spiritus*. Ambas palabras vienen de verbos que significan respirar o soplar. Un espíritu o un alma era lo que hacía que un cuerpo viviera y respirara. Habitaba el cuerpo durante un tiempo. Y

cuando el cuerpo moría el alma partía. Pero, ¿adónde? Una explicación es que regresaba al mundo del más allá, al mundo de los espíritus, al otro lado del mundo que habitamos en la Tierra.

Lo que descubrimos de los primeros ritos funerarios apoya esta idea, a pesar de que nuestros antepasados no nos dejaron más que vestigios silenciosos de lo que podían haber estado pensando. No se había inventado la escritura, así que no podían dejar sus pensamientos o describir sus creencias de forma que lo podamos leer hoy. Pero nos dejaron algunas pistas y vamos a empezar a examinarlas. Para encontrarlas tenemos que ir al pasado, miles de años antes de la era cristiana, un concepto que necesita una explicación antes de seguir adelante.

Es lógico tener un calendario global o algún modo de fechar acontecimientos que ocurrieron en el pasado. El que manejamos actualmente lo inventó el cristianismo en el siglo VI de la era cristiana, lo cual es una muestra de la inmensa influencia que la religión ha tenido en nuestra historia. Durante miles de años la Iglesia católica ha sido uno de los grandes poderes del planeta; tanto es así, que fijó el calendario que casi el mundo entero sigue utilizando hoy. El hecho en torno al que organizó este calendario fue el nacimiento de su fundador, Jesucristo. Su nacimiento marca el año uno. Hasta hace poco, para hablar de lo que ocurrió antes se utilizaba a.C. o antes de Cristo. Todo lo que ocurrió después se decía que ocurría en el *anno Domini* (el año del Señor) o d.C., después de Cristo.

En la actualidad a.C. y d.C. se han reemplazado por AEC (o a.e.c.) y EC (o e.c.), que se pueden traducir con o sin un toque religioso: antes de la era cristiana o antes de la era común, y la era de Cristo (o cristiana) o la era común. (También se puede encontrar, aunque es menos habitual, *e.v.*, *era vulgaris*, que significa «era común» en latín). Así que hay donde elegir. En este libro voy a utilizar a.e.c. cuando me refiera a hechos que ocurrieron antes de Cristo o antes de la era común. Sin embargo, para evitar hacer el texto más farragoso, voy a ser más eficiente en el uso de e.c. y solo lo utilizaré cuando crea que es necesario. De modo que cuando aparece una fecha sin más, se entiende que ocurrió en la era cristiana o era común.

En cualquier caso, desde aproximadamente 130.000 a.e.c. en adelante encontramos evidencias de algún tipo de creencia religiosa por la forma en que nuestros antepasados enterraban a sus muertos. En las tumbas que se han excavado se ve que colocaban alimentos, herramientas y adornos, lo que sugiere que existía la creencia de que los

muestran que los muertos viajaban a algún tipo de vida después de esta y necesitaban estar preparados para el viaje. Otra práctica era pintar los cuerpos de los muertos con ocre rojo, tal vez para simbolizar la idea de que la vida continúa. Esto se descubrió en la tumba de una madre y su hijo en Qafzeh, Israel, que es uno de los enterramientos más antiguos que se conocen, del año 100.000 a.e.c. En la otra punta del mundo, en Australia, encontramos la misma costumbre en el lago Mungo, donde el cuerpo enterrado también está cubierto de ocre rojo y es del año 42.000 a.e.c. Pintar a los muertos es una de las ideas más inteligentes de la humanidad, el pensamiento simbólico. Hay mucho pensamiento simbólico en la religión, por lo que merece la pena intentar comprenderlo.

Como ocurre con muchas palabras útiles, la palabra «símbolo» procede del griego. Quería decir reunir cosas que se habían separado, del mismo modo que se recomponen con pegamento los pedazos de un plato roto. Después su significado cambió y pasó a describir un objeto que representaba algo diferente. Todavía contenía el concepto de unir cosas, pero se había vuelto algo más complejo que pegar trozos de cerámica. Un buen ejemplo de símbolo es una bandera nacional, como la de las barras y las estrellas. Cuando vemos barras y estrellas nos viene Estados Unidos a la cabeza. Es el símbolo del país, a veces lo representa.

Los símbolos se convierten en algo sagrado para los pueblos porque representan lealtades más profundas de lo que las palabras pueden expresar. Por eso la gente odia que se violen sus símbolos. No hay nada malo en la quema de una tela vieja, pero si es el símbolo de nuestra nación nos puede llegar a enfurecer. Cuando los símbolos son religiosos, cuando son sagrados para una comunidad concreta, se convierten en algo todavía más potente; e insultarlos puede provocar una furia asesina. Mantengamos el concepto de símbolo en la cabeza, porque aparecerá una y otra vez en este libro. La idea que queríamos transmitir es que algo como el ocre rojo representa algo diferente, como la creencia de que los muertos van a vivir una nueva vida en otro lugar.

Otro ejemplo de pensamiento simbólico es la importancia que adquirió marcar el lugar donde descansan los muertos, especialmente si eran personajes poderosos y destacados. A veces se los instalaba bajo rocas gigantes, a veces en cámaras de piedra construidas con sumo cuidado, que se llaman dólmenes y que consistían en dos piedras verticales que soportan una gran cubierta. Los monumentos a los muertos más espectaculares de la humanidad son las pirámides de Guiza en Egipto. Además de ser tumbas, las pirámides se pueden ver como platafor-



mas de lanzamiento desde donde las almas de sus ocupantes reales se proyectaban hacia la inmortalidad.

Con el tiempo, los ritos funerarios no solo se fueron haciendo más elaborados, sino que en algunos lugares se convirtieron en algo aterrorantemente cruel, que conllevaba el sacrificio de esposas y sirvientes con el fin de que los difuntos disfrutaran de la misma comodidad y estatus en la otra vida. Es importante destacar que desde los inicios la religión tuvo una vertiente implacable con escasa consideración por la vida de los individuos.

Una buena interpretación de estas pistas es que nuestros antepasados entendían la muerte como la entrada a otra fase de la existencia, que ellos imaginaban como una versión de ésta. Y vislumbramos su creencia en un mundo más allá de éste, pero conectado con él, y la muerte como la puerta entre los dos.

Hasta aquí, se podría decir que las creencias religiosas se han adquirido por una serie de especulaciones bastante inspiradas. Nuestros antepasados se preguntaron por el origen del mundo y concluyeron que probablemente lo creó un poder superior. Observaron a los muertos y decidieron que sus espíritus habrían dejado los cuerpos que habitaban y se habrían marchado a otro lugar.

Pero hay un grupo importante en la historia de la religión que no adivina la existencia del mundo más allá o el destino de las almas que han partido. Nos dicen que lo han visitado o que han recibido una visita de allí. Han escuchado lo que la religión espera de nosotros. Han recibido la orden de contar a los demás lo que han visto y oído. Así que difunden el mensaje que han recibido. Atraen a los seguidores que creen en su palabra y que empiezan a vivir según sus enseñanzas. Los llamamos profetas o sabios. A través de ellos nacen las nuevas religiones.

Entonces pasa algo más. Sus seguidores se aprenden de memoria esa historia que cuentan. En un primer momento se comparte por medio del boca a boca. Pero con el tiempo se escribe sobre el papel. Entonces se convierte en lo que llamamos las Sagradas Escrituras. ¡La Biblia! ¡El libro! Y se convierte en el símbolo más potente de la religión. Es un libro físico, obviamente. Lo han escrito los hombres. Podemos rastrear su historia. Pero a través de sus palabras llega a nuestro mundo un mensaje del más allá. El libro se convierte en un puente que une la eternidad con el tiempo. Conecta lo humano con lo divino. Es por eso que se ve con un temor reverencial y se estudia con pasión; y por lo que los creyentes odian que se ridiculice o se destruya.

La historia de la religión es la historia de estos profetas y sabios, de los movimientos que ellos iniciaron y de las escrituras que se redactaron sobre ellos. Es un tema siempre cargado de polémica y desacuerdos. Los escépticos se preguntan si los profetas existieron realmente y dudan de las afirmaciones que hacen de las visiones que tienen y las voces que oyen. De acuerdo, es una duda razonable, pero no es ese el quid de la cuestión. Lo que es indiscutible es que los profetas existen en las historias que se cuentan de ellos, historias que todavía son significativas para miles de millones de personas hoy en día.

En este libro vamos a leer las historias que las religiones nos cuentan sobre sí mismas sin preguntar constantemente si los hechos ocurrieron así realmente. Pero como sería un error ignorar del todo esa pregunta, vamos a dedicar el siguiente capítulo a pensar en lo que estaba pasando cuando esos profetas y sabios tuvieron aquellas visiones y oyeron esas voces. Uno de esos profetas se llamaba Moisés.

---

## CAPÍTULO 2



### Las puertas

Supongamos que estás en el desierto del Sinaí en Egipto una mañana del año 1300 a.e.c. Es posible que te encuentres con un hombre descalzo y barbudo, arrodillado ante una zarza. Ves cómo él escucha atentamente a la zarza. Luego le habla. Después la escucha de nuevo. Finalmente, se levanta y se marcha a grandes zancadas, con un gesto decidido. Se llama Moisés, es uno de los profetas más famosos de la historia de la religión y el fundador de la religión judía. La historia que se escribirá sobre él más adelante dirá que un dios le habló desde una zarza en llamas y le ordenó que llevara a un grupo de esclavos que vivían Egipto hacia la libertad en la Tierra Prometida de Palestina.

Para ti, el observador, la zarzamora no está ardiendo, está resplandeciente con sus bayas de color rojo. Mientras observas la atención con la que escucha Moisés, no puedes oír lo que le dicen, pero sí alcanzas a distinguir las respuestas de él. Pero no te quedas especialmente sorprendido por nada de esto. Tu hermana pequeña mantiene animadas conversaciones con sus muñecas. Tienes un primo que habla con su amigo imaginario, que es tan real para él como lo son sus propios padres. También puede que hayas oído a discapacitados psíquicos que tienen intensas conversaciones con interlocutores invisibles. De modo que estás acostumbrado a la idea de que hay personas que oyen voces que nadie más puede percibir. Pero olvidemos a Moisés un momento y

pensemos en quién le habla, que es invisible. Tu piensa en una realidad invisible fuera del tiempo y del espacio que puede comunicarse directamente con los seres humanos. Interioriza ese pensamiento y habrás captado la idea central de la religión. Hay un poder en el universo, más allá de la comprensión para nuestros sentidos físicos, y *se ha dado a conocer a personas especiales que proclaman su mensaje a los demás*. Por el momento, no estamos de acuerdo ni en desacuerdo con esta afirmación. Solo estamos intentando precisarla. *Hay una fuerza invisible ahí fuera a la que llamamos dios y ¡ha establecido contacto!* Esa es la afirmación. A medida que avancemos en esta historia, veremos que las diferentes religiones tienen diferentes versiones de esta misma afirmación y de lo que ha estado queriendo decirnos. Pero la mayoría dan por sentado que está ahí y que su manera de creer es la mejor respuesta a su existencia.

Volvamos a Moisés y pensemos en su lado de aquel encuentro en el desierto. Para ti la zarza no se estaba quemando, ni podías oír la voz de dios a todo volumen. Entonces ¿cómo pudo Moisés sentir el calor de las llamas? ¿Por qué escuchaba con tanta atención lo que la voz le ordenaba hacer y lo hizo? ¿Estaba todo en su cabeza, y por eso tú no podías ver lo que pasaba? ¿O es posible que su mente estuviera en contacto con otra mente fuera de nuestro alcance y comprensión? Si las religiones comienzan con experiencias en la mente de sus profetas y sabios, y si queremos darles una oportunidad y no descartarlos como fantasía, vamos a tener que pensar si puede haber personas abiertas a realidades para las que el resto de nosotros estamos ciegos y sordos.

Una explicación factible es que nuestra mente opere en dos niveles diferentes, como un apartamento en la planta baja con un sótano o bodega. Experimentamos la diferencia cuando soñamos. Durante el día, la mente consciente está despierta en la planta baja, y vive su vida planificada y ordenada. Pero cuando apaga la luz por la noche y se va a dormir, la puerta de la bodega se abre y llena nuestra mente soñadora con fragmentos desordenados de deseos no confesados y temores olvidados. Así que si podemos dejar a un lado por el momento la cuestión de si el universo es algo más de lo que parece, podremos reconocer al menos que nosotros somos algo más que nuestra vida habitual y consciente. Hay un sótano en la mente humana llamado subconsciente y cuando dormimos se abre su puerta y se inunda de las imágenes y voces que llamamos sueños.

En la historia de la religión nos encontraremos con personas que en sus horas de vigilia tienen el tipo de encuentros que los demás tenemos solo en sueños. Los llamamos profetas y soñadores, pero también podríamos verlos como artistas creativos que, en lugar de verter sus visiones en pinturas o novelas, sienten el impulso de convertirlos en mensajes que llevan a millones de personas a creer en lo que ellos han visto y oído. Moisés es un ejemplo muy conocido de esta actividad misteriosa. Algo se puso en contacto con él desde algún lugar y debido a ese encuentro la historia del pueblo judío cambió para siempre. Pero ¿qué era ese algo y de dónde venía? ¿Lo tenía él en su interior? ¿Era algo externo? ¿O podría ser ambas cosas?

Tomando lo que le pasó a Moisés en el Sinaí como ejemplo y usando la metáfora de la puerta entre nuestra mente consciente y nuestro subconsciente para ayudarnos, voy a sugerir un acercamiento al tema que ofrece tres maneras diferentes de reflexionar sobre la experiencia religiosa.

En un hecho como este la puerta entre el subconsciente y la mente consciente se abre. Lo que sigue es como un sueño. Los profetas creen que es algo que les llega de fuera, pero en realidad surge de su propio subconsciente. La voz que oyen es real. Les habla. Pero es su propia voz, procedente del interior de su mente. Por eso nadie más la puede oír.

O puede que en una experiencia profética se abran dos puertas. Es posible que la mente subconsciente o soñadora tenga acceso al mundo sobrenatural más allá. Si hay otra realidad ahí fuera, o una mente más allá de la nuestra, no sería extraño que intentara ponerse en contacto con nosotros. Lo que sucede a los profetas en una revelación es que se encuentran con esa otra realidad y la mente de esta habla a la mente de los profetas. Después ellos cuentan al mundo lo que han oído.

Hay una postura intermedia entre la teoría de una puerta y la teoría de dos puertas. Sí, es posible que haya dos puertas en el subconsciente humano. La mente humana puede tener encuentros genuinos con lo que hay ahí fuera. Pero sabemos lo poco fiables que son los seres humanos a la hora de comprender otras mentes humanas, así que deberíamos ser cautelosos con las afirmaciones que hacen sobre sus encuentros con la mente divina. Puede muy bien haber dos puertas en el subconsciente humano, pero no parece probable que la que da al otro mundo esté siempre completamente abierta, de modo que no podemos estar seguros de lo que los profetas afirman que han visto y oído.

Vamos a utilizar mi metáfora de las puertas para volver a examinar lo que le sucedió a Moisés en el desierto y los tres planteamientos religiosos que sugiere. Si tomamos el planteamiento de una puerta, Moisés tuvo un sueño que le dio la fuerza y el propósito para convertirse en el libertador de su pueblo de la esclavitud en Egipto, una historia que veremos más a fondo en un capítulo posterior. La experiencia fue real. Sucedió. Pero procedía enteramente de su mente subconsciente. Encontramos una buena analogía para este acercamiento a la religión en las antiguas salas de cine que me entusiasaban de niño. En esa época, las películas se revelaban en rollos de celuloide. En la parte trasera del cine, por encima del balcón había una cabina desde la que se proyectaban las imágenes en una pantalla en la pared opuesta. Lo que veíamos desde las butacas estaba delante de nosotros, pero realmente procedía de la máquina que teníamos detrás. Una manera de pensar en la religión es como si fuera una proyección de los miedos y anhelos de nuestro subconsciente sobre la pantalla de la vida. La religión parece estar ahí y tener una vida propia. Pero en realidad proviene de lo más profundo de nuestra propia imaginación. Es una producción enteramente humana.

Podemos detenernos y dejarlo así, o podemos aceptar casi toda esta descripción y también la idea de la segunda puerta. Sin cambiar un detalle del lado humano de la experiencia religiosa, es posible creer que también viene de dios. No podíamos oír la voz que oía Moisés porque era un ejemplo de la mente de dios comunicándose directamente con la mente de Moisés. Fue un verdadero encuentro con otra realidad, invisible e inaudible para nosotros. No podemos comprender plenamente el suceso, pero sí vemos sus resultados.

Se puede añadir un giro más a la idea de la segunda puerta. Como sabemos que los malentendidos son frecuentes en un simple encuentro entre seres humanos, estos deben ser precavidos al hablar de sus encuentros con dios, deben tratarlos con escepticismo y humildad. Esto significa que deberíamos aplicar nuestras facultades críticas a las afirmaciones religiosas y no aceptar sin más su propia autoevaluación.

De modo que se puede ser no creyente, un verdadero creyente o un creyente crítico. Al reflexionar sobre todo esto, incluso es posible que uno cambie de una postura a otra a lo largo de los años; es algo habitual. Voy a dejar que usted tome su propia decisión sobre la mejor manera de interpretar las historias que va a leer en este libro. O puede dejarlo en el aire hasta la última página. Incluso puede decidir no decidir,

una posición conocida como agnosticismo, que procede de una palabra griega que significa «incognoscible».

Hasta ahora hemos estado hablando de la religión en términos generales. Ahora ha llegado el momento de adentrarnos en las religiones individuales. Pero es interesante preguntar por dónde empezar, y también lo es el orden en que deberíamos hacerlo. A diferencia de la historia de la ciencia o la filosofía, un enfoque estrictamente cronológico no funciona con la religión. Estaban ocurriendo cosas diferentes en lugares diferentes al mismo tiempo, de modo que no podemos seguir una línea continua. Vamos a tener que zigzaguear entre la cronología y la geografía.

La ventaja de este método es que nos mostrará lo variadas que fueron las respuestas que las diferentes religiones dieron a las grandes preguntas que la humanidad se ha estado haciendo desde el principio de los tiempos. Las preguntas pueden haber sido las mismas: ¿Hay alguien ahí fuera? ¿Qué nos sucede después de la muerte? Pero las respuestas han sido muy diferentes. Eso es lo que hace que la historia de la religión sea tan fascinante.

Afortunadamente, parece que hay un punto de partida obvio para nuestro viaje. Tiene que ser con la más antigua y, en muchos sentidos, la más complicada de las religiones vivas, el hinduismo. Así que vamos a empezar en la India.





---

## CAPÍTULO 3



### La rueda

Un argumento muy habitual en ciencia ficción es que el héroe viaja en el tiempo para alterar eventos del pasado que tuvieron un efecto catastrófico en la historia de la humanidad. Una de las historias empieza con un terrorista a bordo de un tren que corre por las vías a toda velocidad. El terrorista hace que el tren salte por los aires en el momento en que está pasando por una presa gigante, provocando una inundación que se traga una ciudad entera. Por suerte, un departamento secreto del Gobierno ha perfeccionado un sistema para enviar a la gente al pasado. Gracias a este nuevo dispositivo, consiguen subir a un agente al tren antes de que salga de la estación, y tendrá dos horas para encontrar al hombre que lleva la bomba y desactivarla. Lo consigue justo a tiempo y la ciudad se salva. Casi todos hemos deseado poder volver atrás en el tiempo para borrar un mensaje o evitar un impulso que hizo daño a otros y nos trajo infelicidad. Pero la ley de las consecuencias (una cosa lleva a otra) manda y tenemos que apechugar con lo que hicimos.

En la religión hindú esto se llama *karma* o la ley de causa y efecto. Pero su alcance no es solo la vida que cada uno está viviendo ahora. Según las enseñanzas hindús, nuestra alma o espíritu ha tenido muchas vidas en el pasado antes de llegar a la que estamos viviendo ahora. Y viviremos muchas más vidas en el futuro cuando ésta haya terminado.

Cada una de estas vidas está condicionada por la forma en que actuamos en la anterior y la anterior y la anterior, hasta las nieblas de la antigüedad. De modo que la forma en que nos comportemos ahora influirá en el tipo de vida que tendremos la próxima vez que gire la rueda.

Cuando los profetas y sabios de la India miraron a lo lejos y se preguntaron qué les pasaba a los seres humanos al morir, recibieron una respuesta sorprendente. No morían en el sentido de que cesaran de existir por completo, ni en el sentido de que siguieran en algún otro tipo de vida más allá de la muerte. No. Volvían a la Tierra con otra forma de vida, dictada por su karma; y podía no ser en forma de ser humano. Toda la existencia era una gran fábrica de reciclaje en la que la calidad de la vida que pasaba por la puerta en la que ponía Muerte afectaba el estado de lo que emergía por la puerta al otro lado, donde decía Renacimiento. El nombre de la fábrica era *samsara* (que significa vagar por), porque se hacía que las almas pasaran por allí hacia su siguiente forma y la siguiente. Para bien o para mal, cada acción que realizaran en una vida afectaba a la calidad de su siguiente aparición. Y no eran solo los humanos los que estaban atrapados en el *samsara*. El propio mundo estaba sujeto a la misma ley de muerte y renacimiento. Al final de su ciclo actual de existencia, caería en un estado de reposo, del cual sería llamado de nuevo cuando llegara el momento adecuado. Así giraba, giraba y giraba la rueda de la existencia.

Pero no pensaban en el karma como un castigo ideado por algún inspector sobrenatural de almas. El karma era una ley impersonal como la gravedad, en la que una cosa procedía de otra, del mismo modo que el efecto sigue a la causa, como golpear una pieza de dominó y ver caer a todas las demás. En sus peregrinaciones a través del *samsara*, el alma podía pasar por ocho millones de apariciones antes de alcanzar finalmente *moksha*, o la liberación de la existencia, y perderse en la eternidad como una gota de lluvia que cae en el océano. Encontrar la forma de escapar del giro interminable de la rueda de la existencia y lograr la salvación era el propósito último de la religión hindú.

El término técnico para esta descripción de lo que nos sucede después de la muerte es «reencarnación». Comunidades de todo el mundo creen en ella, pero en ninguna parte ha alcanzado la misma intensidad que en la religión india. Todas las palabras que he utilizado para definirlo –karma, la ley de causa y efecto, *samsara*, el vagar del alma en busca de *moksha* o liberación– provienen de una lengua antigua llamada sánscrito. La llevó a la India una banda de invasores

salvajes del norte. En el momento de su irrupción en la India, en torno al año 2000 a.e.c., podemos fechar los inicios del hinduismo.

En el norte lejano sobre la India había una larga extensión de tierra, que se conoce como las estepas de Asia central. Era un país de praderas desoladas, ideal para el tipo de vaqueros duros que guiaban a su ganado en una búsqueda constante de mejores pastos. Por razones que no conocemos bien, alrededor del inicio del segundo milenio antes de nuestra era, estas personas comenzaron a emigrar de las estepas en busca de una vida mejor. Muchos de ellos se dirigieron al sur, hacia la India. Se llamaban a sí mismos compatriotas, o «arios» en su propio idioma. Era un pueblo guerrero que conducía carros rápidos. Y fueron en oleadas hacia el valle del Indo, en la esquina noroccidental del subcontinente.

Allí ya existía una civilización avanzada. Tenía complejos sistemas de arte, arquitectura y religión. Probablemente poseía también los vicios y las virtudes de todas las sociedades desarrolladas. Fue en esta escena en la que entraron al galope los invasores arios, y lo que les faltaba de refinamiento, lo suplían con energía y coraje. Otro factor que distinguía a los invasores de los nativos era su tez más pálida, y esa diferencia del color de la piel se interpretaría de una forma que se reflejaría a través de los siglos hasta nuestro tiempo, dando un significado negativo a la palabra ario. Pero los invasores traían algo más que su piel blanca a la India. Traían a sus dioses y los comienzos de una notable literatura religiosa llamada Vedas.

En su forma escrita, los Vedas se compusieron entre 1200 y 1000 a.e.c., ya que los arios se atrincheraron en la India y dominaron su vida. Conocidos como *Shruti* u «oído», los Vedas se interpretaban en dos sentidos distintos pero relacionados. Su esencia la habían escuchado originalmente los sabios del pasado que habían esperado que el significado de la existencia les fuera revelado desde el más allá. Eran los oyentes originales, aquellos a quienes las voces habían hablado. Y lo que habían escuchado lo oyeron una y otra vez sus discípulos, repetido por sus maestros. Así se fue transmitiendo el contenido de los Vedas a lo largo de los siglos. Leerlos en voz alta sigue siendo el método preferido para aprender las escrituras hindúes. En un templo hindú no se encontrará una Biblia o un Corán, pero se podrá oír su equivalente en las ceremonias que allí se celebran.

Veda significa «conocimiento». La palabra tiene la misma raíz que las palabras inglesas *wit* (ingenio) y *wisdom* (sabiduría). Hay cuatro

Vedas: el Rigveda, el Yajurveda, el Samaveda y el Atharvaveda, cada uno de ellos con cuatro partes: los Samjitas, los Bráhmanas, los Araniakas y los Upanishads. Aquí va una explicación rápida sobre ellos. El Rigveda-samjita es el más antiguo de los cuatro. Contiene más de mil himnos alabando a los dioses. En la religión esto se conoce como «adoración» y, para hacernos una idea, podría ser el tipo de adulación del que gozan los poderosos gobernantes, como la obligación de llamar «Su Majestad» a la reina de Inglaterra y hacer una reverencia si nos encontramos ante ella. He aquí un ejemplo del Rigveda:

Creador de Todo, sumamente sabio, sumamente fuerte,  
Creador, Ordenante, el más elevado Ejemplar...

Ya entiendes la idea. ¡No escatimemos efusión! Y del mismo modo que disfrutaban los monarcas terrenales al recibir presentes y halagos excesivos, se deleitaban los dioses. Si los himnos son la adulación que ofrecemos a los dioses, entonces los sacrificios son las ofrendas que la acompañan y que deben presentarse en ceremonias cuidadosas que requieren de profesionales cualificados para dirigirlos. En la tradición hindú los sacerdotes que llevaron a cabo los sacrificios se llamaron brahmanes, y los libros de instrucción que recopilaban para ayudarlos fueron llamados Bráhmanas.

Los manuales de este tipo resultan aburridos para la mayoría de la gente, pero pueden ser obsesivamente interesantes para cierto tipo de mente religiosa. Cuando yo era joven y estudiaba para ser sacerdote, me fascinaban las guías de los ritos y ceremonias de las diferentes tradiciones cristianas.

Había un tomo gigantesco que se titulaba *The Ceremonies of the Roman Rite Described* (Descripción de las ceremonias del rito romano), y una versión de la Iglesia de Inglaterra, más deslucida, titulada *Ritual Notes* (Apuntes rituales). Consultaba los dos, y me emocionaba al imaginar regimientos de obispos entrando lentamente en procesión en inmensas catedrales inundadas del humo del incienso. Esos libros eran los Bráhmanas de la cristiandad católica. Pero las autoridades religiosas no son las únicas personas a las que les gusta vestirse y celebrar rituales elaborados. Muchos clubes privados y fraternidades estudiantiles tienen sus propias tradiciones secretas, que nos recuerdan la necesidad que tiene el ser humano de utilizar símbolos y hacer ceremonias.

Si usted, igual que yo, está más interesado en las creencias profundas de una religión que en sus rituales externos, entonces la etapa final de la evolución védica le llamará la atención. Está en los Upanishads, que se escribieron a lo largo de un período de unos tres siglos y se completaron hacia el 300 a.e.c. Los Upanishads –o «reuniones cerca de un maestro»– se alejan de las ceremonias y los rituales del hinduismo y centran el interés en su aspecto más filosófico y teológico. En los Upanishads nos encontramos por primera vez con la doctrina del karma y el samsara de la que hablamos al principio de este capítulo.

En el próximo capítulo exploraremos el surgimiento de algunas de estas enseñanzas hindúes y cómo se transmitieron. Pero quiero terminar éste con la respuesta hindú a la otra gran pregunta de la religión. Ya hemos visto cómo respondieron a la pregunta de qué nos sucede después de la muerte. La respuesta de los Upanishads fue la singular doctrina de la reencarnación. La otra pregunta que se hace siempre la religión es qué hay –si es que hay algo– en la oscuridad más allá del universo. Las otras religiones suelen mencionar a los profetas que respondieron a estas preguntas y toman su nombre como propio. No fue así en el hinduismo. No había ningún fundador de quien la religión tomara el nombre, ni una sola figura a la que recurrir en busca de inspiración. Vino de soñadores sin nombre en el pasado profundo de la India. Pero, aunque la religión no conserve los nombres de esos primeros soñadores, recuerda lo que dijeron.

En el Rigveda se comienza a responder a la pregunta de la religión sobre lo que hay ahí fuera. Para oírlo, tenemos que imaginarnos que estamos junto a una fogata de campamento bajo el cielo estrellado del norte de la India, mientras uno de sus sabios desconocidos perfora el tiempo para llegar a los orígenes del mundo y más allá. No habla, sino que entona un cántico, mientras mira la noche extasiado.

Por entonces no había existencia ni no existencia: no había aire, ni un cielo más allá.

Esa Cosa Única, sin aliento, respiraba por su propia naturaleza: fuera de ella no había absolutamente nada.

Los dioses son posteriores a la creación de este mundo. ¿Quién sabe entonces de dónde surgió por primera vez?

Él, el primero de esta creación, tanto si dio forma a todo o no.

Cuyo ojo controla este mundo en el Cielo más alto, él realmente lo sabe, o tal vez no.

Hay sorpresas en los cánticos que le oímos cantar. Nos dice que hay «dioses», pero «son posteriores a la creación de este mundo». Eso significa que ellos, como nosotros, son una creación y también están sujetos a las revoluciones de la rueda del tiempo. Van y vienen como el resto de nosotros. Pero el soñador sugiere que detrás de todos los cambios de forma hay algo que no cambia, «esa Cosa Única» lo llama. Se diría que la historia y sus criaturas son como las neblinas que mantienen y distorsionan la presencia de una gran montaña: ¡esa Cosa Única! ¿Pero, qué es? ¿Y quiénes los dioses que son sus agentes?